

Hacía muchas pero muchas noches que Andrés no quería irse a la cama. Tenía miedo de las pesadillas.

Mamá lo llamaba desde la ventana:

–Andrés, a la casa.

Andrés daba vueltas en la rueda-rueda.

–Andrés, a comer.

Andrés revolvía la sopa con la cuchara.

–Andrés, lávate los dientes.

Andrés recorría con el cepillo todos los dientes, hasta que quedaban relucientes.

–Andrés, la piyama.







Andrés se enredaba entre el pantalón.

—Andrés, a la cama.

Andrés hacía un nudo con las cobijas, hasta que mamá lo desenredaba.

—Pero antes de dormir, cuéntame un cuento.

Y mamá le contaba un cuento.

—Y colorín colorado, este cuento se ha acabado  
—decía la voz de mamá, cuando Rizos de Oro salía corriendo por el bosque.

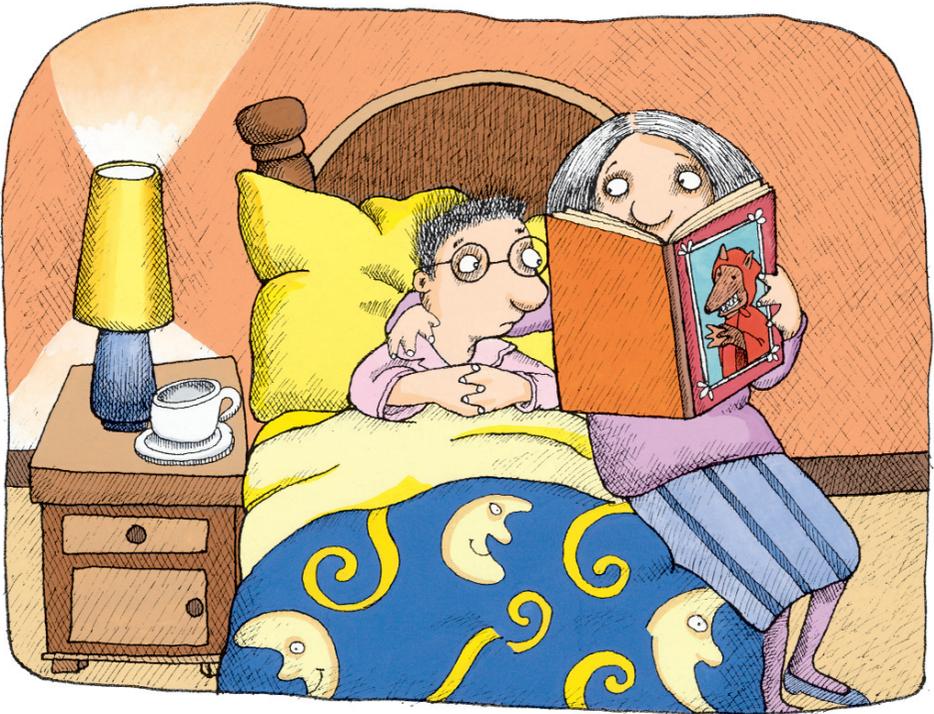
Pero Andrés necesitaba más cuentos.

Mamá seguía con Caperucita Roja. Y lo contaba larguísimo para que a Andrés le diera sueño:

—La mamá de Caperucita mandó una canasta llena de cosas para la abuelita. ¿Quieres saber qué cosas llevaba Caperucita?

—¿Qué llevaba? —decía Andrés.

—Una botella de leche, unas tortitas de miel y galletas de vainilla.







—¿Y qué más?

—Un cuarto de mantequilla, una docena de huevos y media libra de harina.

—¿Y qué más? —volvía a preguntar.

—Sal, pimienta y nuez moscada... y un litro de limonada...

—¿Y qué más?

—Una esponja, un estropajo y jabón para los platos  
—seguía la voz de mamá, por todo el supermercado.

Andrés bostezaba de aburrimiento. Pero ni por eso se dormía.

—Esto es verdad y no miento y por hoy se acabaron los cuentos —decía mamá, también aburridísima con la historia.